La ambición de lo absoluto

VARGAS LLOSA EN TAHITI

Hugo Neira

Para el libro sobre Gauguin, Mario Vargas Llosa viajó al lejano archipiélago de las Islas del Viento, más conocidas como Polinesia Francesa, es decir, a Tahiti. En ciertos casos viajar es parte de su método. Indagación "in situ". El novelista se vuelve entonces etnólogo, antropólogo, periodista. Por parecidas urgencias aterrizó en el noreste brasileño o en la amazonía peruana. Aprehensión directa de las cosas, a veces de lo impalpable, el paisaje, el lugar, el alma de los sitios. Para escribir sobre Flora Tristán empleó más tiempo. En Lima, ante un auditorio y un excelente panel, confesó que desde hacía 18 años atrás, desde el British Museum. Lo ingenioso radica en reunir, en esa novela, sendas vidas.

I

Pero no son biografía, lo que los datos no dan, el narrador lo intuye o supone. Tentaciones homosexuales en Paul Gauguin, horror al sexo en Flora Tristán, aunque esto último acaso se pueda discutir. Hay una tradición oral arequipeña que se transmite de generación en generación y que el novelista no puede ignorar, mis bisabuelas afirmaban que la estancia de Florita no fue todo lo santa que parecería ¿O es acaso, una vez más el rumor, la mojigatería de las viejas familias? Sea como fuera, *El paraíso en la otra esquina* no es una novela doble, un fenómeno de circo con dos cabezas, un águila real de la Casa de Austria de doble corona, sino un tríptico. Le da una fórmula de triángulo la ambición de utopía de esas dos existencias del extremo. Flora y Paul, cada uno a su manera, estaban poseídos por la ambición de lo absoluto.

Para proseguir preferiré insistir en los actos previos a la escritura, aunque es probable que Mario fuera redactando de a pocos y al paso que desempolvaba mamotretos del siglo XIX para Flora, que abundan, y otros tantos tratados de pintura sobre Gauguin, sobre el cual, como puede presumirse, se ha escrito abundantemente. En enero del 2002, después de un trajinado trámite en la que Sylvie André, rectora de mi universidad y el que habla, vencimos intereses de otros departamentos, ya se sabe, una universidad no deja de ser una institución bastante humana y llena de querellas y pugnas internas, logramos hacer admitir por el pleno de profesores que el primer honoris causa de nuestra institución fuera a un escritor y no a un científico, a un autor en castellano y no en inglés, y así por el estilo. Cuando esos obstáculos internos se vencieron, vinieron los de París, del centralismo burocrático. Una mañana, un inteligentísimo y estirado tecnócrata me llama por teléfono. Dígame, profesor Neira, ¿por qué razón Francia debe entregar un honoris causa a un escritor peruano de lengua castellana? El sublime funcionario recibió una de mis respuestas, la más lapidaria. En primer lugar, si bien es verdad que escribe en castellano, y que es peruano, lo cierto es que está traducido a todas las lenguas indoeuropeas, incluyendo el francés, y usted lo puede hallar por entero en las ediciones Gallimard de París. En segundo lugar, Vargas Llosa es también súbdito español, o sea, miembro como usted de la misma comunidad europea. Por último, me pregunta usted por la contribución de Vargas Llosa a la cultura francesa. Pues, fíjese usted, para aprobar la agregación (el célebre concurso que da entrada definitivamente a la enseñanza superior), no la de castellano sino de literatura francesa, es preciso leer seis estudios sobre *Madame Bovary*. Tres de ellos son de profesores ingleses, dos son de eminencias francesas, y en cuanto al otro trabajo que todo aspirante francés que quiere aprobar el concurso de la agregación debe leer es de Mario Vargas Llosa. Se trata también de un insigne flauberiano. El funcionario me dio las gracias y no nos volvió a molestar. Se había vencido el último obstáculo formal. Se puede observar, dicho sea de paso, los cuidados que se toman en la distribución de ese tipo de distinciones.

Las semanas que siguieron fueron sencillamente espectaculares. Mario llegó con Patricia, ambos con Morgana, la hija, que hizo ahí las estupendas fotos que luego ha exhibido y publicado en un precioso album. Morgana a su vez llegó con su compañero, este con dos o tres amigos y camarógrafos que nunca supe si eran ingleses que hablaban portugués o brasileños que vivían en Londres, era un grupo de lo más curioso y simpático que había hecho el largo viaje para seguir a Mario y cubrir el reportaje que luego propagaron en la BBC. Vargas Llosa se desplazaba con todo ese grupo, y cuando algún profesor francés se impacientaba por una cena en *tête- â- tête* con el escritor, yo tenía que explicarle que no había eso, que Mario cenaba siempre clánicamente y que lo mejor era sumarse al grupo, lo que casi enloquece a más de un colega poco adaptado a nuestros hábitos de hablar todos a la vez y seguir varias conversaciones seguidas y cruzadas todas al mismo tiempo. La visita de Vargas Llosa fue sensacional, la isla entera se volcó a sus conferencias, a la universidad, por donde fuera. Hay que decir que Papeete es un lugar muy frívolo y no precisamente Venecia o Barcelona, es decir, centros de atracción para el turismo intelectual y científico de alta gama, tipo convenciones. Es, en cambio, un lugar en donde aterrizan deportistas, estrellas de cine, los grandes de este mundo, pero del músculo y no del cerebro. Con un nivel de vida muy alto, tan caro o más que París, hacía tiempo que no llegaba un gran escritor, acaso desde los años del paquebote, viajeros del tipo Somerset Maugham.

Y en todo este tiempo, Mario se las arregló para hacer dos cosas. Trabajar y atender la solicitud de los muchísimos admiradores que surgieron de la nada. Hasta entonces me parecía Tahiti una nación de comerciantes y de corredores de tabla, de la noche a la mañana aparecieron poetas impublicados, novelistas geniales e inéditos, una fauna de escribidores tahitianos que me hacían llegar manuscritos que yo trasladaba donde los Vargas Llosa. En cuanto al visitante, por trabajar entiendo que escribía cada mañana, esto es casi un chisme, luego atendía gente que en muchos casos le proporcionaba información preciosa. Era como un Uchuracay gozoso. Vargas Llosa me había pedido que le presentase a aquellos de mis colegas que conocían realmente la cultura polinésica. Si los grandes navegantes llegaron por el XVIII, el inglés Cook, el francés Bougainville, una joven reina llamada Pomaré II se afirma desde 1827, la carrera para establecer el "protectorado" lo ganan los franceses a los ingleses, mucho

En Río de Janeiro con Alfonso Reyes y Víctor Andrés Belaunde, 1933.

tuvo que ver el hábil marino Dupetit-Thouars, el mismo que pasó por el Perú y que prefirió ir a dominar tahitianos que peruanos entonces con las armas en la mano y que venían de emanciparse del yugo español. El hecho es que sobre la antigua civilización polinésica, con sus piraguas, tatuajes, bailes lascivos e impúdicas libertades, por encima de ella se establece una sociedad de colonos y del apegado catolicismo de ese siglo, que es la que precisamente conocerá Gauguin, y al incipiente burgo lo encuentra insufrible. Papeete desde la mitad del siglo XIX tiene a la vez colonos franceses, en su gran mayoría bretones, polinesios que se rebelan y pierden varias guerras, un intenso y entusiasta proceso de mestizaje, y para que la cosa se complicara, y en su mixtura de razas tuviese un aire a la peruana, llegaron los chinos, prósperos comerciantes. Era un anexo de Francia, con casas de madera, una zona portuaria, y distritos, Paofai, Punaauia, Papara, una buena cantidad de almacenes y otro tanto de bares y burdeles. Algunas características han permanecido hasta nuestros días: centro comercial tradicional aunque haya supermercados ahora por todas partes, y centro de la escarpada isla, una isla alta de orígen volcánico, que permanece hasta el día de hoy vacío. La vida tahitiana es una larga cintura en la que se suceden distritos, iglesias, escuelas, mercados, casas privadas y de nuevo, templos, campos de deporte. Todo es verde, un jardín lujuriante, y nunca te apartas demasiado de la orilla del mar que a raíz de los arrecifes, forma una laguna natural que llaman lagón. Pero estas explicaciones son actuales. Mario quería precisiones sobre el pasado, así que le llevé, a su pedido, lo mejor que tenemos por allá, dos antropólogos, Bruno Saura, que nos dio una lección magistral en privado sobre el complejo entramado de tres culturas en una, la de los reomaori, los franceses que llegaron y los chinos de fines del XIX. El otro fue Serge Dunis, fuerte en mitos, tatuajes y símbolismo tradicional.

Con Arnold Toynbee, c. 1953.

"La vida tahitiana es una larga cintura en la que se suceden distritos, iglesias, escuelas, mercados, casas privadas y de nuevo, templos, campos de deporte. Todo es verde, un jardín lujuriante, y nunca te apartas demasiado de la orilla del mar que a raíz de los arrecifes, forma una laguna natural que llaman lagón".

Mario estuvo encantado. Escucha sin tomar notas, pero por lo visto, registra todo. Luego él y la comitiva partieron a las Marquesas, última estación en la busqueda del paraíso sensual en Gauguin, y donde está la tumba. En la colección de fotos de su hija está Mario en ese lugar, meditando. Lo atendieron regiamente. Están las Marquesas tan lejos y de otra parte, saben quien es Gauguin, que se entusiasmaron con esa visita. Es verdad que tienen una tradición, saber bien recibir. Ya de vuelta, a Papeete, el día de la ceremonia del honoris causa, montaron en la austera sala universitaria una pared de flores y de ramados, una maravilla. Hubo cantos corales, un público que se puso flores en la cabeza, señal de gran regocijo, fue muy emocionante. Nunca olvidaré esa mañana, ni tampoco los Vargas Llosa. Mario ha recibido más de veinte honoris causa, pero no es eso, en Madrid, meses después, él y Patricia me decían que no podrán olvidar la acogida en la isla del fin del mundo, ahí donde Gauguin fue a parar tras su recalcitrante sueño de ilimitada libertad personal.

Los días que siguieron, cuando habían partido, noté una suerte de signos que mi mujer y yo bautizamos "el efecto Vargas Llosa". Por un tiempo, al menos por muchas semanas, la gente volvió a comprar libros en librerías, no sólo los del visitante, que volaron, sino de todo. Varios de mis alumnos, a los que arrastré a cada acto, cambiaron de vocación y decidieron prepararse para los concursos que dan acceso al profesorado. La gente dejó de hablar con la ligereza habitual propia de los habitantes del primer mundo (en él están, no fuese sino por el azar de su tardía colonización) de la pobre América latina. El gran favor que Mario me hizo, además de robustecer la moral de los veinte profesores de español en colegios secundarios, fue confirmar lo que les había dicho en el transcurso de años, sin poderlo probar. No se confundan, la América latina es pobre pero es una gran civilización. Que algo puede ser ambas cosas, productor de riqueza cultural y a la vez naciones de bajísimas rentas, resulta evidente para nosotros, nada más que reparar en el esplendor de nuestro arte, cocina, música, poesía y narrativa, pero resultaba incomprensible para los que fueron mis alumnos y alumnas, acostumbrados a dejar la isla para ir de vacaciones a Hawai o California. Después de Mario si han entendido. El que seamos una civilización continental y contradictoria, letal y vital a la vez.

Los personajes le venían al novelista ya determinados por la celebridad y la historia, la Paria, el Pintor. No así los nudos psicológicos. Ir tras la huella de sus personajes es cosa que Vargas Llosa ha hecho en otras ocasiones, a la selva como a Piura para *La casa verde*, al nordeste tras las huellas del Consejero, el terrible bandolero mesiánico de *La guerra del fin del mundo*, no siempre encuentra documentos fidedignos, a veces apenas leves pasos, pero, cuenta el escritor, lo poco que halló le permitió "fabular" el personaje del Leon de Natuba, "un ser un poco monstruoso pero que estaba siempre al lado de Consejero porque sabía escribir". En una entrevista a Federico de Cardenas, Vargas Llosa cuenta que el escrúpulo de combinar personajes reales y situaciones conjeturales o inventadas, como el caso del coronel Althaus, con el cual le inventa un romance a Flora, es uno de esos casos. Althaus existió, probablemente enamoró a la bella y joven viajera, nada prueba que esta lo rechazara o aceptara, la cuenta del misterio hay que ponerla a la intuición del narrador.

II

El paraíso en la otra esquina es un relato construido según una secuencia sencilla. Mario Vargas Llosa ha acudido, esta vez, a una sólida

carpintería. Los capítulos pares son para la vida de Flora Tristán. Los impares para el pintor Paul Gauguin. ¿Esta forma narrativa es una ruptura con su propio arquetipo? Es cierto que estamos lejos de ese relato a múltiples niveles del lenguaje de las que le preceden. Se trata de dos vidas, la de Flora Tristán y la de Paul Gauguin, su nieto. Por un lado, la lucha por los derechos de la clase obrera y de la mujer. Del otro, el hallazgo de un mundo insular lejos de convenciones sexuales. En ambos, la ruptura del mundo burgués, el horror del mismo. Ahora bien, si en ambos casos se trata de utopías, está claro que no son las mismas. La de Flora Tristán, como es sabido, se inscribe en las grandes corrientes socialistas del siglo XIX. El capitalismo industrial acababa de nacer, y muchos tuvieron la impresión de que pronto el viejo mundo iba a parir otra sociedad más libre y justa. Fue, lo sabemos, un pronóstico prematuro. No errado, sus fuerzas productivas, como lo diría Marx, son extraordinarias, lo que llamamos globalización no es sino otro ciclo de expansión y de mutación. En todo caso, Gauguin el rebelde, partidario del egoísmo como herramienta de realización personal, el que abandona mujer, hijas y oficio, él insoportable hedonista que postula la dicha que pasa por el cuerpo, los sentidos, el placer, ese solitario, el asocial, está de actualidad, lo confirman la revuelta de los "hippies", los jóvenes del mayo parisino de 1968, la reivindicación del uso legal de las drogas alucinógenas, con el menor pretexto la orgía juvenil, esa religión cuyos templos son las discotecas que preconizan la fiesta pánica e inmediata. La felicidad aquí y ahora. Me es difícil creer que el libro hubiera sido igual de interesante si la oposición dialéctica entre liberación colectiva o individual, sociedad e individuo, justicia social y gozo, deber y disfrute. Un contrapunto que la vuelve insondable. Flora evoca una problemática feminista. Gauguin, la del artista creador. Ambos son alegorías vivientes de formas extremas de revuelta, pero revueltas al fin, por eso, acaso, la existencia desgarrada de ambos. Qué dolor, que mal vivieron, cuánto sufrimiento, me dice una lectora sensible. En efecto, querida amiga, desde los tiempos bíblicos, es riesgoso el oficio de profeta. Por lo demás, en una lectura atenta de la Biblia (digo esto sin recaer en un ataque de trascendencia) nos hallamos con que los profetas no se proponían serlo, los llamaba la voz, en muchos casos contra su voluntad. Eran hombres tranquilos que andaban entre rebaños de cabras, tiendas del desierto y familiares clánicos cuando escuchaban al que No se Nombra. ¿Por qué yo, Señor, protesta Noé, no ves que estoy ocupado y se casa una de mis hijas? Jeremías es el que más impreca el despótico mandato. "Has entrado en mi Jehova, me has poseído". La posesión del Dios es física. La tradición judaica insiste que de esa experiencia se salía medio chamuscado. También Flora y Paul, profetas a su manera.

1951

"Flora evoca una problemática feminista. Gauguin, la del artista creador. Ambos son alegorías vivientes de formas extremas de revuelta, pero revueltas al fin, por eso, acaso, la existencia desgarrada de ambos. Qué dolor, que mal vivieron, cuánto sufrimiento, me dice una lectora sensible. En efecto, querida amiga, desde los tiempos bíblicos, es riesgoso el oficio de profeta".

Algunos en Lima se me acercaron para decirme que la novela última de Vargas Llosa les parecía más una biografía, no faltó quien solamente le parecía periodismo. ¿ Y si fuese el caso ? Esto ocurre en el momento en que en otros lugares los narradores reivindican el derecho a formas híbridas, "los géneros surgen, caen, han olvidado a la épica, luego a la épica en verso. ¿Quién hace tragedia hoy en versos formales?", se pregunta Salman Rushdie. ¿Quiere acaso la novela hoy, insiste, competir en la actualidad con lo mejor del reportaje, con la narrativa inmediata? Pero si es así, Vargas Llosa, que por cierto no ignora ese debate sobre la novela contemporánea, ni las ideas de Rushdie, su amigo, algo le dedicó al tema en su discurso académico en Tahití como lo diré lineas adelante, acaso quiere combatir en ese terreno. Novela, pues, de aventura, de viajes. Viajes los de los personajes, y viajes los suyos. Viaje el del lector.

¿Pero qué es una novela? No voy a intentar definir perentoriamente que es una novela, la tarea es imposible, y desaconsejo a quien sea el intentarlo. Quisiera, en cambio, ponernos de acuerdo en los aspectos más sencillos, según la evolución histórica de un género que aparece con la modernidad, hace seis siglos, y que de alguna manera la funda (tanto como el ensayo). Una novela es una forma particular de relato que no ignora la realidad pero tampoco está obligado a reproducirla. Es una forma literaria que construye algo que es de este mundo pero no lo es del todo. Como todo arte, agrega un sentido que los individuos y la sociedad por si mismos ni generan ni fabrican. Y bien puede inspirarse, pero inspirarse nada más, en un grupo social, en un caso psicólogico o en grandes frescos históricos. Lo primero es Balzac con *La Comédie Humaine*, ejemplo de lo segundo puede ser otra gran novela del siglo XIX, *Madame Bovary* de Flaubert. Puede ser ese *hombre absolutamente bueno e inocente,* es decir, el personaje del príncipe Mychkine de Fedor Dostoievski en *El idiota*. En cuanto a la gran novela histórica, que es casi un poco lo que ha lanzado Vargas Llosa, combinada a literatura de viaje interno y externo, ella va de una lengua a otra lengua, de un siglo al otro, de Alexandre Dumas y sus mosqueteros a Hugo, a Walter Scott, a Margaret Mitchell, la de *Lo que el viento se llevó*. En castellano pondría a Alejo Carpentier, *El siglo de las luces*, y al catalán Eduardo Mendoza, cuyo personaje es siempre la ciudad de Barcelona. Y un autor, un *outsider*, un inclasificable, aventurero, revolucionario, periodista, político, novelista y ensayista, que encarnó las grandes pasiones del siglo veinte, del comunismo duro de los años treinta, al sionismo y el internacionalismo proletario y finalmente, como si fuese

poco, la ciencia, la filosofía en sus años de vejez, si es que la tuvo, Arthur Koestler. Emprender el inventario de la novela histórica es casi imposible aunque lo haya ensayado Gilles Nélod. Pero resulta hasta casi peor tener la pretensión de encerrarla en una clasificación. Lo cuerdo es reconocer su formidable dispersión, novela policial, fantástica, de viajes y aventuras. Y esto por países, por épocas, por lenguas.

Estábamos, pues, en que no tiene sentido alguno, salvo la vanidad erudita de una tipología. ¿Valdrá la pena? ¿Qué sentido tiene interrogarse por lo que tienen en común la *Justine* de Sade, los *bildungsroman* de la Viena burguesa y a la vez depravada *fin de siglo* y la novelística latinoamericana? Sin duda cambian los personajes, el contexto social, los problemas morales, las estrategias narrativas, y el pacto mismo de verdad e invención entre el narrador y el lector. Todo, salvo que sabemos, a ciencia cierta, que cada ser humano con un libro en las manos tiene un diálogo con algo que no es real, pero como si lo fuera. Y todo lo que le pide a las páginas de un relato es que ellas lo saquen un poco de este mundo y lo vuelvan a meter en el mismo, con un poco más de sapiencia. En fin, hubo un tiempo en que a novela y novelistas se le atribuían una misión trascendente y política, en estos tiempos eso ha casi desaparecido, si se lee es para otros menesteres. Acaso por la experiencia de libertad del escritor. La novela es, en efecto, el género de independencia narrativa de la modernidad, por los mismos años, con Cervantes y con Montaigne. Gente sin iglesias ni corporaciones, sólos ante su conciencia, ambos escépticos, ambos irónicos, compadecidos de la pobre humanidad. Pero ferozmente, ellos mismos. Lo dejo ahí, algún día volveré sobre el asunto.

En suma, esta novela de Mario Vargas Llosa hay que situarla en un contexto mayor que el de la literatura en castellano. Se lanza cuando hay una discusión muy intensa y variada entre muchos novelistas de reconocida fama mundial sobre el destino mismo del género. Estoy pensando en lo dicho por el novelista v.s. Naipul, premio Nobel de literatura, acerca de la muerte de la novela, o por Salman Rushdie, el hindú de *Hijos de medianoche*, que no se suma a los actos fúnebres que entierran el género, no es la primera vez que se dice ese tipo de cosas. El crítico George Steiner, entre uno y otro, recordaba ante un público de editores británicos que *la frase nunca leo novelas*, era común en 1936 y eso lo informa George Orwell. Los novelistas son propensos a la hipocondría –a lo psicosomático me corrigen– o sea, nunca se sabe que destino pueda tener una obra, y en efecto, cuando salió *Madame Bovary* los diarios franceses dijeron que Flaubert no sabía escribir, y *Moby Dick* hizo reir a sus primeros lectores antes de volverse una de las piezas maestras de todos los tiempos, pero sus contemporáneos sólo vieron en el marino Achab y su obsesionada persecución de una ballena blanca, un vulgar capitán. En sus días se les escapó la simbología del relato, pero hoy se dice "nadie ha estado más cerca de la Biblia y de Hegel por la búsqueda del Absoluto". Esa ballena blanca era un dios irascible. Cambian los criterios sobre lo que es relato, acaso más que la novela misma. ¿Pero el género, está amenazado de muerte?

"Hubo un tiempo en que a novela y novelistas se le atribuían una misión trascendente y política, en estos tiempos eso ha casi desaparecido, si se lee es para otros menesteres. Acaso por la experiencia de libertad del escritor. La novela es, en efecto, el género de independencia narrativa de la modernidad, por los mismos años, con Cervantes y con Montaigne."

Escuché a Vargas Llosa en Papeete defender la novela, no por cierto la suya, el género, ante los pronósticos de su desaparición. Fue ese el tema central de su discurso en el honoris causa. No sé si Mario ha publicado en castellano ese texto. Me limitaré a reducirlo a sus líneas principales. "Me propongo dijo, avanzar algunos argumentos contra la idea de la literatura, y en especial la novela, concebida como un pasatiempo de lujo. Mis argumentos, por el contrario, permitirán considerarla como una de las actividades del espíritu, entre las más estimulantes y enriquecedoras, una actividad irremplazable para la formación de los ciudadanos en una sociedad moderna y democrática, con individuos libres". Al parecer, se había cruzado con el mismísimo Bill Gates en el local de la Real Academia de la Lengua, a donde fue el creador de Microsoft, que pronto la enorme revolución de la comunicación haría desaparecer el libro en beneficio de las pantallas de las computadoras. Vino a decirnos, exclamó Vargas Llosa muy indignado ante un público a medias francés y a medias tahitiano, que pronto nos dejaría a todos los "escribidores" del planeta en paro técnico. El público, lo recuerdo, se echó a reir y rompió a aplaudir. En realidad, el brutal pronóstico de Bill Gates se parece a los que en otras ocasiones, ante cada innovación en la cultura de masas, han anunciado, sucesivamente, ante la aparición del cine, la muerte del teatro, ante la aparición del video, la muerte del cine, ante los discos compactos, la muerte de los conciertos, ante el culto al "home" o el hogar con excelentes aparatos electrodomésticos, la muerte de cafés, restaurantes y salidas a la ciudad. ¿Pero qué es lo que vemos? Los objetos se acompañan entre sí, y conviven teatro, cine, opera, conciertos, videos, CD, restaurantes, cafés y televisoras con pantallas cada vez más grandes, igual la gente sigue saliendo, combinando intimidad y multitud. Puesto que somos ambas cosas, animales a ratos solitarios y a ratos gregarios.

Embajador del Perú, con José Ortega y Gasset en Madrid. 1950

Mario, sin embargo, ha lanzado una historia un poco distinta a las otras. ¿En que consiste su novedad? Finalmente una novela de aventuras. ¿No lo fue la existencia de Flora Tristán y la de Paul Gauguin? ¿No hallaron a su manera, no solo el paraíso, sino varios, diferentes, los falansterios comunitarios de la Paria y la dorada piel de sus "vahines" el libidinoso Paul? Unos más quiméricos que los otros. Los paraísos existen, pero a veces son tan letales que el infierno. No son la humana convivencia, con sus placeres lentos como los viejos vinos, como los buenos libros, como este que nos ha dado Vargas Llosa. Hilado admirablemente, este libro, entre investigaciones, viajes y una narrativa en la que de vez en cuando aparece la voz del narrador. Un profesor de literatura, en el café Haití de Miraflores, objetaba el procedimiento: varias intrigas que corren paralelas, un personaje extraño, venido de ningún lado, que se inmiscuye en la historia, que inquiere, apostrofa, pregunta. ¿Por qué no? El arte de la novela es su irrestricta libertad. Una voz que nos viene del paraíso, acaso el único que exista, el de la lectura.

■

Surco, junio del 2003